



ENTREVISTA CON
ALEXIS SALVADOR GÓMEZ RODRÍGUEZ¹

Foto por: Gio Mexía

PIOCROMO #12
JÓVENES CREADORES

¿Cuáles fueron tus inicios como escritor?

Cuando era niño, como a los ocho o diez años yo creo. Me gustaba mucho el cine y yo quería contar historias, entonces hacía cuentos y aunque, claro, eran muy simples, yo ya quería hacer historias, quería contar algo, quería entretener a la gente. Después, cuando entré a la carrera, fue cuando comencé a hacerlo de una manera ya más dentro de las convenciones del cuento.

¿Cómo surgió la idea del cuento “Ireneo Nosco”?

Pues, el semestre pasado vimos una clase de archivonomía y tuvimos una clase sobre la conservación de los archivos, y fue allí cuando surgió la idea. Tiempo después releí un cuento de Borges que se llama “La biblioteca de Babel”, que plantea una idea muy metafísica de una biblioteca. Yo traté de hacer mi historia juntando mi idea con un poco del trasfondo del cuento de Borges, haciendo que lo que en el cuento se construyera fuera algo más físico, para no sentir que solamente estaba copiándolo, sino que realmente estaba haciendo algo mío.

1 Alexis Salvador Gómez Rodríguez (Aguascalientes, Aguascalientes, 1995). Estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Actualmente es miembro del consejo editorial de la revista académica *Marmórea*, y corrector de estilo de la revista académica *Horizonte Histórico*. Su cuento “Ireneo Nosco” recibió mención honorífica en el VIII Concurso Nacional de Narrativa Elena Poniatowska 2016.

Al escribir una obra, ¿consideras que es importante la inspiración o es más bien un esfuerzo consciente?

Yo creo que son las dos cosas, porque, por ejemplo, en este cuento sí me llegó la inspiración en el momento y, sin embargo, duré mucho tiempo con esa idea. Es decir, el cuento se concretizó en unos cuatro o cinco meses que tuve que estar pensándola y repensándola para ponerme a escribir, pues a mí me gusta tener bien fija la idea antes de ponerme a escribir; y como nada más tenía el argumento, a cada cierto tiempo se me iban ocurriendo cosas que podían funcionar para el cuento; meditaba la historia, en el cómo hacerla más circular, y por eso digo que para la creación se utilizan las dos cosas. Como creador tienes que meditarlo, que pensarlo, que construir el cuento.

¿Cuál sería tu definición de cuento?

Yo creo que el cuento, género que en lo particular a mí me gusta mucho, por su extensión, porque no se va tan de las ramas como la novela, tiene que ser más concreto, tener un impacto, pues respecto a la novela, puede ser como decía Cortázar: la novela gana por puntos y el cuento por *knock out*; es decir, la novela es más apacible y el cuento tiene que ser una historia corta, pero que cause un efecto. Además, yo siempre he concebido al cuento como un círculo perfecto, en el cual todos los elementos deben estar bien argumentados. Si hay una cosa dentro de ese círculo es porque funciona para el argumento de la trama y hará que se llegue a un efecto; si no, al menos en mi concepción de cuento, es porque ese elemento está mal. Yo siento que es un reto hacer un cuento, es un reto para mí como escritor siempre que me pongo a hacer uno, porque es muy difícil, aunque todos los géneros lo son; sin embargo, siento que el cuento es un reto, porque el cuento se te puede ir muy fácil, una frase puede matar toda tu historia.

¿Qué les recomendarías a las personas que quieren empezar a escribir en este género?

Les diría que lean mucho cuento, para que así conozcan la estructura del mismo, antes de escribir la primera palabra, ya sepan cómo funciona toda la historia, la intención que ellos tienen en su argumento y a la que quieren llevar al lector. Es decir, que ya tengan todo pensado; el tono, el

argumento, etc. Si quieres que le dé miedo, que le impresione, tienes que saberlo desde antes de comenzar a escribir.

¿Cómo fue el proceso creativo de “Ireneo Nosco”?

Fueron cinco meses en el proceso de elaboración, por lo general así hago mis cuentos, tengo muchas ideas pero tengo que saber a qué lleva antes de ponerme a escribir, o sea, yo no puedo escribir de pronto. No me siento a gusto sin saber a dónde voy, y eso me ahorra tiempo en la corrección, porque siento que no tengo que corregir tanto, porque ya tengo la historia bien definida en la cabeza. Sí me llevo mucho tiempo pensando, la verdad. Puedes escribir sobre una idea banal, pero el punto es que sepas cómo contarla. Por ejemplo Kafka: de cualquier idea que le dieran, él decía que haría una obra maestra de la literatura.

Ireneo Nosco

Alexis Salvador Gómez Rodríguez

JÓVENES CREADORES

Hoy, mientras hojeaba los nuevos libros que llegaron a la Biblioteca, encontré en uno de ellos, titulado *The power of knowledge: The smartest people of all time*, un apartado de una página que habla de alguien que alguna vez conocí solamente de nombre, Ireneo Nosco. Conozco ese nombre porque mi abuelo me habló de él, era un gran amigo suyo de la juventud, sobresalía por ser distinto a los demás que habitaban la Biblioteca. Él era ambicioso e inquieto. Le dijo muchas veces a mi abuelo que algún día iba a recorrer todo el recinto y a leer todos los libros porque quería saberlo todo, lo cual, cabe decir, era una

misión más que inalcanzable. Por lo mismo, mi abuelo me dijo que no se abrumó cuando Ireneo desapareció, sabía que era una posibilidad latente, este recinto es inagotable y muchos hombres suelen perderse en él para nunca más volver a ser vistos. Sin embargo, una semana después de su desaparición, ocurrió un hecho que mi abuelo me contó con una inquietud que yo no comprendí hasta hoy que ese libro llegó a mis manos.

Relato esto por dos razones, los que habitamos la Biblioteca sabemos de la importancia del conocimiento y que éste está en todas partes, desde una simple anécdota hasta un gran libro, por ello creo que tengo el deber de escribir estas páginas. La segunda razón es que me inquieta este hecho (¿acaso no cualquiera se inquietaría al descubrir algo semejante?) y, quizás, escribirlo sea un método tranquilizador que me ayude a sobrellevarlo.

Antes de contar lo que sucedió, creo preciso mencionar ciertos detalles, pues, aunque por el momento, y quizás por siglos, no leerá este papel nadie que no lo sepa de antemano, se sabe lo celoso que resulta el conocimiento, pues se desactualiza constantemente. En un futuro, cuando salgamos de aquí, quizás esto sea visto como un mito y nadie entienda el contexto en que pasó esta historia. No quiero arriesgarme a eso.

Yo, como todos los demás que la habitamos, nací en la Biblioteca. No conozco nada más. Fue creada hace muchos siglos, tantos que cualquier cálculo resultaría inútil, con la intención de resguardar el conocimiento del mundo bajo tierra. Por ello, está compuesta con un número incalculable de volúmenes. No sabemos bien cómo inició todo esto, si los primeros bibliotecarios estuvieron dispuestos a sacrificar sus vidas o si simplemente fueron arrojados aquí desde pequeños, lo cual muchos ven como improbable. Nuestra misión consiste en que, en cierto momento, si la civilización humana llegase a desaparecer, por razones bélicas o por alguna epidemia, nosotros tendremos que reconstruir el mundo, crear uno nuevo con base en el conocimiento que ha obtenido el hombre. Existe el ideal utópico de que nosotros seremos los pilares de una nueva civilización iluminada.

El mecanismo de la Biblioteca es simple y bien establecido. Hombres y mujeres vivimos toda nuestra vida leyendo, para que, cuando llegue el momento, toda esa lectura nos posibilite para cumplir nuestra misión. Nos reproducimos por cuestiones más que nada pragmáticas, aunque, claro, existen lazos familiares, amorosos y de amistad, pero no son tan fuertes como, según leemos en los libros, son en el mundo exterior. La lectura consume toda nuestra energía y en general toda nuestra

existencia. El mecanismo de lectura también es simple: un bibliotecario se encarga de una sección. Sin embargo, a pesar de que somos millares, no podemos dar abasto con tantas secciones que hay. Se ha llegado a decir que son infinitas y, hasta ahora, no hay nada que demuestre lo contrario, pues no se conoce límite alguno en toda la Biblioteca, con excepción de la Sala, que es donde está la puerta.

Todos aceptamos nuestra misión: no conocer más que las estanterías y las páginas de los libros de ayuda. Nosco no lo aceptaba, simplemente no podía resignarse a estar encerrado, no era pasivo como los demás, tenía el ímpetu de conocerlo todo, hasta el mundo exterior. Una vez le dijo a mi abuelo que él recorrería todo el recinto hasta encontrar el “Gran Libro de la Biblioteca”. Mi abuelo, claro está, hizo caso omiso de este comentario. Ese libro es un mito que consiste en que si aquí están contenidos todos los libros del mundo, todo el conocimiento que tiene el hombre, por ende, debe haber un libro que hable de la Biblioteca misma, revele cómo salir, la ubicación de la llave o un método único para abrir la puerta. Sin embargo, la posibilidad de que alguien encuentre ese libro, entre todos los demás volúmenes que quizás son infinitos, es infinitesimal. Con la pasividad que los caracteriza, los bibliotecarios aprendieron a aceptar que era impensable encontrarlo y ni siquiera emprendieron su búsqueda.

Ahora contaré lo que me dijo mi abuelo, lo haré con la mayor similitud a como él me lo relató hace tanto, esperando poder hacerlo con la inquietud con la que él lo hizo. A la semana de que Nosco desapareció, mi abuelo tuvo que ir a la puerta de la Biblioteca, la cual, sobra decir, siempre ha estado cerrada (no tendría caso que estuviera abierta, eso alimentaría la curiosidad de los bibliotecarios). La Sala, la sección donde se encuentra, es el único límite conocido, el punto donde comienza todo. A unos metros de la puerta hay una ranura, ahí es donde llegan todos los libros nuevos. Tiene un mecanismo que los hace bajar. Mi familia, por el lado de mi madre, siempre ha sido la encargada de recogerlos y acomodarlos, repartiéndolos de sección en sección según el tema. Como ya mencioné, hay tantas secciones como libros aquí, hay muchas remotas y muchas más desconocidas, por ello se han acumulado millares de volúmenes sin determinación. Cuando alguien descubre una nueva y ve que coincide con la temática de algunos de los libros que no se han clasificado, se llevan hasta ella, pero mientras tanto, se resguardan en la Sala.

Esa vez, como siempre, mi abuelo tuvo que rodear todos los libros acumulados ahí que tapaban la puerta, cuando lo hizo, descubrió una

cosa que lo aterrorizó: la puerta estaba abierta. Se veía un túnel de tierra y un ligero rayo de luz que entraba por él, apenas visible. Mi abuelo se sentó y pensó en lo que podría significar esto: alguien de afuera había descubierto el túnel y había abierto la puerta desde el exterior; pero pensó que era improbable, pues en todos estos años nadie lo había conseguido y, quienquiera que haya construido la Biblioteca, sería cuidadoso con que nadie pudiera llegar a encontrarla. Entonces pensó que algún bibliotecario la había abierto, pero descartó esta hipótesis por ser improbable también. Era imposible de abrir, tenía un mecanismo tan avanzado que solamente una llave única podía abrirla. De hecho se espera que (y esta creencia es tan longeva como la Biblioteca misma) cuando por fin llegue la hora de salir de aquí, nos la encontremos abierta y llegue un papel con instrucciones de cómo y cuándo habitar el mundo exterior y la explicación de cómo llegó a su fin la civilización que vive arriba de nosotros. Mi abuelo recordó esto y buscó en la ranura de los libros, pero no había nada. Ya debía haber estado llena, todas las semanas llegaban nuevos volúmenes. Entonces creyó que era inminente: el fin de la vida sobre la tierra había llegado y había sido tan sorpresivo que no les había permitido redactar el papel de instrucciones y explicaciones. Me cuenta que tenía mucho miedo, se preguntaba si podrían cumplir su misión, si estarían realmente capacitados para repoblar el mundo, si toda su vida no sería inútil. Lo meditó todo el día y terminó por decidir que lo más prudente era esperar. Como él era el único que iba a la Sala, no dudó en dejar la puerta abierta.

No dejaba de pensar en la puerta. Todos los días iba a observarla. A la semana siguiente tampoco llegaron libros. Por ello, ya en crisis, decidió quedarse a dormir ahí, esperando que en cualquier momento llegaran nuevos libros o una explicación del fenómeno. Mi abuelo apenas podía leer. Decidió que si la siguiente semana no aparecían nuevos volúmenes, tendría que contarles a todos y entonces tendrían que salir, en búsqueda de explicaciones, esperando hallar un mundo sin vida humana, un mundo en espera de ellos, para que lo reconstruyeran con su conocimiento elevado. Él, quizás, tendría que fungir como líder, encabezar la nueva etapa del mundo, la etapa de bibliotecarios, de hombres sabios que erigirían una nueva sociedad avanzada, gloriosa.

Lo que realmente temía era que nada de eso ocurriera. Tenía miedo de que al salir de la Biblioteca, la pasividad propia de los bibliotecarios se perdiera y, al verse libres, comenzaran a ser egoístas, cada quien buscaría ser el líder por creerse el más sabio. Tenía miedo de que

todo este proyecto fuera inútil y regresaran a las guerras, que son las que llevaron a crear este recinto en primer lugar. Tenía miedo de que no existiera realmente una misión por la imposibilidad de la misma. Creo que mi abuelo no ha sido el único con este tipo de dudas. Me resulta impensable que los bibliotecarios, tanto los de su generación como los de la mía, hombres sabios, inteligentes, no hayan pensado alguna vez en que lo que hacían quizás fuera inútil, no hayan temido en sus adentros que su vida fuera un sinsentido y que bastaría con ponerlos a prueba, salir por fin a hacer lo que se les ha encargado por tantos años para descubrirlo.

A la siguiente semana, mi abuelo se despertó y ahí estaban: libros nuevos. Cerró la puerta y volvió a su trabajo. Años después, me contaría la anécdota un día. Una historia sin duda interesante, pero que no me inquietó nunca —más que por la forma en que mi abuelo la contaba—, hasta el día de hoy. Me la contó como se cuenta cualquier anécdota. Yo le pregunté por qué nunca dijo que había encontrado la puerta abierta y él me respondió que no tenía importancia alguna, que a veces simplemente las cosas pasan y no siempre hay explicación para ellas, que cuando creciera iba a darme cuenta de ello y aprendería a aceptarlas. Yo le creí.

Hoy, sin embargo, mientras recogía los nuevos libros y los hojeaba, pues tengo que ver su temática para buscarles sección o acomodarlos en los que tendrán que esperar hasta que alguien les halle una, llegó a mis manos *The power of knowledge: The smartest people of all time*, y por fin comprendí la inquietud con que mi abuelo me contó esa anécdota. Él en el fondo ya sabía lo que yo leí hoy en ese libro. En él, entre otras, se relata la historia de un hombre llamado Ireneo Nosco. Vi ese nombre y me detuve, leí con gran interés y un poco de miedo. El apartado se compone de una página, en ella relata la vida de Nosco. Dice que no se sabe nada de sus orígenes, pero que saltó a la fama por su inteligencia, que él se sabía con un intelecto superior al resto y que no dudaba en gritarlo al mundo. Se ofreció para trabajarle a cualquier institución, empresa o gobierno que le cumpliera sus peticiones, que se trataba sobre todo de tener recursos ilimitados, pues disfrutaba mucho de viajar, conocer lugares y bibliotecas alrededor del mundo y tener a su disposición los más recientes libros y publicaciones. Trabajó para varios empresarios y gobernantes, ayudó a descubrir la cura de muchas enfermedades, pero también diseñó las estrategias más letales y perfectas que ha habido en la historia bélica de la humanidad. Esto le trajo problemas y fue asesinado tiempo después.